

EL RETO DEL AMOR

Clara Janés

Hoy no hace falta situar ese país llamado Afganistán, y tampoco describir a sus mujeres. Oímos las palabras «mujer afgana» e inmediatamente vemos una burka ocultando a un ser humano que sufre el trato más brutal. Lo que casi nadie sabe es la verdad profunda que esconde esa burka, una verdad que las palabras valentía, osadía y desesperación no bastan para dejar entrever. Hay que acudir a la voz escondida tras ella y silenciada, que la rigurosa prohibición de cantar no segó y, sin duda, aunque las condiciones no han mejorado en exceso, se oye de nuevo por esa fascinante geografía de desiertos y montañas; una voz anónima, que, sin pasar por la escritura, ha creado una poesía de fuerza y belleza poderosas. Los poemas de las mujeres afganas que yo conozco se remontan a hace unos años, los anteriores e inmediatamente posteriores a la invasión soviética del país, pero la tradición no se ha perdido y no tardaremos en conocer la huella con que la han marcado estos últimos terribles años. Esta creación, realizada en un idioma iranio, el pashtú, fue recogida por Sayd Bahodine Majruh, nacido en Kabul en 1928, decano de la Facultad de Letras de dicha ciudad, exilado luego a Pakistán y allí asesinado en 1988. La fuente de cuanto yo pueda desvelar es su libro *El suicidio y el canto*, que he traducido y ha sido publicado por Ediciones del Oriente y del Mediterráneo.

Las mujeres del pueblo afgano crean una literatura oral, sin modelos ni autoridades poéticas, sus versos, preservados de influencias exteriores, conservan los ecos emblemáticos del pueblo. Se trata de improvisaciones cantadas que desarrollan ritmos y rimas de gran valor melódico. Los recogidos por Majruh son poemas breves, de dos versos, llamados *landay*, de nueve y trece sílabas, sin rimas obligadas, pero con sólidos ritmos internos. En estos *landays* no aparece rastro de la poesía persa, tan

próxima, no hay referencias al amor místico ni a lo desconocido insondable; por el contrario, lo que nos comunican es algo esencial y simple, pues la voz que los entona es la de un ser terrestre con sus inquietudes y problemas, sus alegrías y sus goces; una voz que celebra la naturaleza, los bosques los ríos o las horas del día, y se alimenta de la guerra, el honor, la bondad, el amor, la belleza y la muerte. Siendo, en general, analfabetas, estas mujeres polarizaron, en su sociedad, el arte de la poesía, cuando todavía podían cantar al ir a por agua a la fuente y en las fiestas, mientras el hombre se dedicaba exclusivamente a prepararse para la lucha. Sus versos son gritos del corazón, destellantes como relámpagos, que dejan ver un rostro rebelde y orgulloso.

En la comunidad pashtún, guerrera por antonomasia, regida por los valores masculinos y con una ley basada en el código del honor, la mujer vive en condiciones extremadamente duras: se ocupa del rebaño, prepara la harina, cuece el pan, hila la lana, cose la ropa, pone a secar las pieles de los animales, riega los campos, transporta en la cabeza enormes y pesados recipientes, mientras los hombres van a la mezquita o se sientan en la plaza del pueblo a hablar de la guerra. Pero ella nunca se lamenta, raramente menciona sus «dedos de terciopelo» con los que recoge espigas o el peso del cántaro que a penas soporta su espalda. Sufre sobre todo del aspecto moral de su servidumbre. Acogida con tristeza desde la cuna —el padre toma como duelo el nacimiento de una niña que será sólo moneda de cambio entre las familias del clan sin que nunca se le consulte— es humillada hasta el punto de que ni su marido se digna comer con ella. Ella, en cambio, aparentemente sumisa, lleva a cabo una revolución que desemboca, nos dice Sayd Bahodine Majruh, en dos testimonios: el suicidio y el canto. Dado que el suicidio, según el código del honor pashtún, es



«Wendy», 2005.

una cobardía, y que el Islam lo prohíbe, un hombre nunca lo cometería. La mujer, al realizarlo, proclama trágicamente su rechazo a la ley comunitaria. Del mismo modo con su canto lleva a cabo un desafío de naturaleza idéntica que puede revelarse fatal por los temas que trata y fundamentalmente uno: el amor al amante.

En la comunidad afgana, el amor de la mujer es una falta grave castigada con la muerte. A las indisciplinadas se las mata fríamente. Las masacres de las aman-

tes llevan una cola de venganzas de clanes interminables. Pero ellas no renuncian al amor secreto —que representa la libertad—, al contrario, ni un solo «landay» habla del amor conyugal, la fidelidad se reserva siempre para el amante. Así sus versos son gritos perpetuos de separación, y al marido impuesto —generalmente un viejo o un niño— lo llaman «el pequeño horrible» y es con frecuencia tratado con chanza:

El «pequeño horrible» no hace nada: ni el amor ni la guerra.

Por la noche, en cuanto tiene el vientre lleno, sube a la cama y ronca hasta el amanecer.

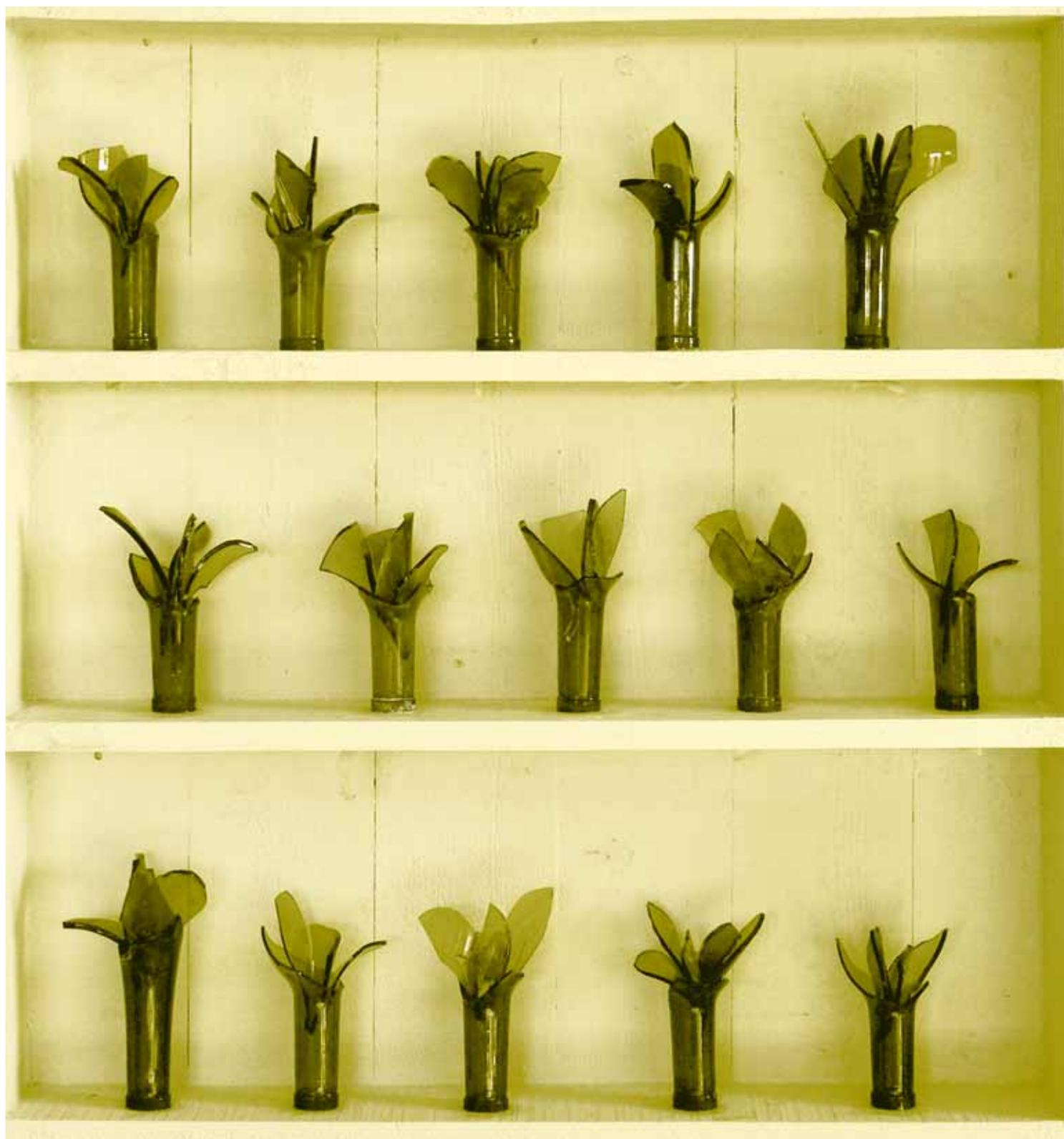
El amante, en cambio, le inspira otros acentos:

*Mi amante quiere que le abrace entre las ramas del moral,
Y yo trepo de rama en rama para darle mi boca.*

Pero la mujer, apasionada, invita al hombre al amor, no con ternura, sino provocándolo en su dignidad, con un juego de audacia, incitando al valeroso guerrero a correr riesgos:

*Dame la mano, amor mío, y partamos por los campos
para amarnos y caer juntos bajo las cuchilladas.*

Estos acentos, en el juego del amor, son verdaderas provocaciones. Pero ¿qué representan, en realidad, los *landays* respecto a los códigos de la sociedad viril? Con frecuencia un estallido de risa. Mediante ellos, sus autoras escapan al hombre que las ve como propiedad, llevando a las consecuencias extremas su propia actitud, obligándolo —incluido el hijo— a comportarse como



«Pequeño jardín», 2005.

héroe, de lo contrario será objeto de sangrienta burla. Es decir, a través del *landay*, la mujer afgana pone al hombre una trampa acudiendo a sus propios valores:

*Amor mío, ve primero a vengar la sangre de los mártires,
antes de merecer el refugio de mis senos.
Vuelve acribillado por las balas de un fusil tenebroso, amor,
yo coseré tus heridas y te daré mi boca.*

Otras veces se trata sencillamente de una declaración irónica:

*Oh, amor mío, si en mis brazos tiembles tanto,
¿qué harás cuando el entrechocar de las espadas se convierta en mil
relámpagos?*

Constantemente en contacto con la muerte, la mujer pashtún concibe este momento último de un modo particular. En su vocabulario no hay huella de la palabra «alma» o «ruh», utiliza la palabra «sa», que quiere decir respiración. Habla de «el fin de la respiración» pues lo que canta es exclusivamente el destino del cuerpo, exaltando un elemento de esta realidad física: el corazón, sede de las emociones, al que compara con un pájaro, una fuente de sangre, un horno que devora sus propias llamas. Habla, en fin, de la geografía de su cuerpo: su creciente frágil, sus granos de belleza como estrellas, sus senos como granadas. Y junto a esto, de la muerte, que para estas cantoras esenciales, hijas de la tierra, es una vuelta a los elementos: polvo, viento, hierba, agua, fuego. Y, naturalmente del carácter efímero de su existencia:

*Rápido amor mío, quiero ofrecerte mi boca.
La muerte ronda por el pueblo y podría llevarse.*

Pero su tema fundamental, insisto, es el amor apasionado, que alude al goce de su belleza y juventud:

*Tómame primero en tus brazos, estréchame,
solamente después podrás anudarte a mis muslos de terciopelo.*

*Ven y sé una flor en mi pecho
para que pueda refrescarte cada mañana con un estallido de risa.*

Lo dicho hasta ahora revela el rostro de la mujer pashtún hasta abril de 1978. Un cambio se produjo con el golpe de estado comunista, y luego la invasión soviética que arrasó el país, con los consiguientes encarcelamientos, las torturas, ejecuciones sumarias, destrucciones de pueblos, incendios de cosechas y masacres, como la de Kerala, donde tras un ataque resistente fueron asesinados todos los hombres (mil setecientos). Los únicos supervivientes: niños y mujeres, pasaron a ocupar un campo de refugiados en Pakistán.

Tras la invasión por el Ejército Rojo, el 27 de diciembre de 1979, la gran manifestación de abril de 1980 la hicieron las mujeres. Niñas de las escuelas y los institutos de Kabul, estudiantes de enseñanza superior, maestras, empleadas, madres de familia, salieron a las calles y se dirigieron al palacio del gobierno. Los tanques rusos intervinieron. Nahid, una de las organizadoras de la marcha, interpeló al oficial, un miembro del partido comunista afgano, que la apuntaba con su fusil, casi con un *landay*: «¡Eh, pequeño cobarde! Puesto que eres incapaz de defender el honor del país, no eres hombre. Toma mi velo, pónitelo en la cabeza y dame tu arma». El oficial disparó y Nahid cayó sin vida. Esas masacres y deportaciones (tres millones del interior pasaron al país vecino) no acabaron con la creación poética, que sobrevivió en los campos. La nostalgia de la tierra y el combate pasaron entonces a primer plano:

*Brisa que soplas del otro lado de las montañas donde combate mi
amante.*

¿Qué mensaje me traes?

*El mensaje de tu lejano amante es este olor de pólvora de cañón.
Y este polvo de las ruinas que conmigo llega.*

Tampoco la terrible ley impuesta por los talibanes acabó con esas voces profundas y airadas, aunque estuvieran ocultas. Y es así porque, acaso sin saberlo, claman por una profunda verdad: la autonomía vinculada al amor. Y esa fuerza del amor no puede sino acabar triunfando. Su triunfo, como los *landays*, estará por encima de religiones y fanatismos. Sin duda estas mujeres, detrás de sus burkas, intuyen que en el mundo violento y agónico que nos toca vivir, esta es la única arma que está al alcance de todos.

Conocedora, como he dicho, de esta poesía por azar —encontré su versión francesa hace años en una librería de París y compré el libro sin saber de qué trataba, movida por el título—, decidí traducirla y darla a conocer. Más adelante, habiendo escrito una extensa elegía por el poeta iraní Ahmad Shamlu, que de hecho es un homenaje a la poesía combativa, pensé en hacer un homenaje a la poesía de la mujer afgana. Tuvo que pasar tiempo, hasta que un día, hallándome en la medina de Fez y habiendo escapado del grupo, me encontré sola en una callejuela y de pronto se abalanzó hacia mí un joven con su rocín que llevaba una inmensa carga. Me dirigió un grito terrible y lanzó contra mí al animal. Por suerte había una puerta abierta y me metí en ella. Entendí en carne propia lo que sufría la mujer afgana y el poema se puso en marcha. Resultó ser un canto a la mujer y su condición desde los orígenes hasta nuestros días.



«Pequeño jardín», 2005 (detalle).

HUELLAS SOBRE UNA CORTEZA

Como una oveja perdida en la noche¹
me acogí a la fronda...

El día partió con su hato de esperanza,
llevándose las horas y el horizonte virginal
donde todos los brotes apuntaban,
y la noche, que pudo ser cristal para los sueños,
se tornó un ojo oscuro
y el grito airado del muchacho
que me apartaba para dar paso a su rocín.
La tierra se estremeció ante el cuchillo de su voz...
Y yo, que sembraba y recogía,
sacaba agua del pozo,
disponía los alimentos sobre el mantel
y corría por los campos ondeantes de brisa
cuando tenues mariposas
expresaban el cauteloso vuelo del despertar,
sentí que esa voz cercenaba mi aliento.

Como una oveja perdida, sí, vagaba.
Y la noche
se asentó en todos los confines,
y el grito proseguía,
ocupaba la angosta callejuela,
y prendía en mí como una llama
porque, frente a su bestia, nada era yo
para el que lo lanzaba.
Y crecía su ansia de dominio,
y por su voz se abrieron hendeduras,
se cayeron las casas
y estallaron minas en mi seno,
que toda voz de hombre es voz de guerra.

Como una oveja perdida,
como una tierra exhausta de dar fruto
vagaba por el filo de esa voz
que me arrasaba
y establecía el olvido del amor,
y en la senda dejé manchas de sangre...
¡Cúbrelas!, me decía,
convoca una niebla azul
que confunda tus pasos con el mar.
Nadie sabrá si son las olas que han alisado el paisaje
y se mezclan con el humo
y esa nube de ira que se destaca gris
ocultando el umbral de la acogida...

Como una oveja perdida por el amor
 me retiré a la espera
 y amansé en mí su negación de mis trabajos
 y sufrí que su mano, un día hoja suave,
 se tornara de acero...
 porque hubo un tiempo de inocencia
 y el río fértil y sagrado reflejaba nuestros rostros,
 de hombre y de mujer,
 mezclándolos,
 y creímos en el paraíso de nuestro corazón,
 y entonces alguien dijo: os daréis las manos como pares,
 os pondréis los anillos de igualdad,
 compartiréis la dignidad y el techo
 y vuestras vidas seguirán paralelas
 hacia el devenir...
 Y en esa espera continuó
 porque vuelven las flores del almendro
 y se extiende el perfume de romero por los valles,
 y blancas campanillas que indican la paciencia.

Yo llevo todavía los panes y los peces,
 llevo los higos y las avellanas,
 la miel y el vino...
 Yo cumplo antes del alba con la luz,
 lavo el horizonte con mis palabras,
 dispongo el amanecer,
 tejo con mis manos los instantes del día,
 escribo sobre una corteza las sucesiones y los cambios...
 Ninguna de estas cosas es inferior a una transacción,
 a la soldadura del ala de una nave antes del vuelo,
 al arma que desgarrar la tierra,
 o al clavo en la madera del ataúd.
 Fui espigadora un día,
 y pastora por los riscos,
 preparé el queso
 y por la noche cantaba a las flores dormidas
 y a los niños
 para que entraran en el dibujo de la luna,
 en las ondas de plata,
 y se mecieran.
 Ahora sólo se oyen susurros de dolor.



Ponte la burka,
 no enseñes más el rostro,
 que ya nadie soporta el rostro del amor.
 Esconde tu mirada
 o endurece tus ojos hasta el pedernal,
 que aquel que lamentaba vivir entre asesinos
 ofrece sólo brumas de discordia
 y arden los decorados del abrazo
 y sus cenizas se extienden hasta la lejana curva del paisaje.

Ponte la burka,
 que al alba no serás una flor en sus labios,
 ni el canto del gallo indicará separación,
 y aquella cita para morir juntos
 bajo las cuchilladas entre trigos
 enmudece en el aire,
 pues han dado muerte al clamor amoroso
 y arrastran por los caminos su cadáver.

Ponte la burka
 y no hables de tus muslos de terciopelo,
 no te atrevas a mencionar tus dedos ni tu boca,
 rechaza a Salomón
 que celebró tu vientre como montón de trigo
 y te abrió como una flor a la plenitud.
 Llama a una tempestad de nieve
 que sepulte tu voz y tu memoria,
 llama a una tempestad de arena
 que se lleve las dunas del deseo.
 Recógete bajo el vacío silencioso.
 Ponte la burka
 y que ya nadie vuelva a ver tus ojos.



Llegaban aves migratorias
 y su sombra por los campos
 acunaba a las mieses soñadoras del vuelo.
 Llegaba el río
 con los barcos de luz
 empujando trayectos unidos a la vida
 y yo con pies descalzos, por la hierba,
 recogía la pesadumbre del amado en mi regazo
 y engendraba el nuevo florecer de los jazmines
 mientras un canto lúgubre
 recordaba la muerte de los mártires,



«Pequeño jardín», 2005 (detalle).



«Pequeño jardín», 2005 (detalle).

cuando los alfileres de los grillos sujetaban la noche,
 mas la caverna de su oscuro corazón
 rechazó mi pecho
 que era cuna de la desolación y el sueño
 y sin descender al invisible fondo del amor
 me marcó con un estigma...

Enterradme hasta la cintura
 que él ha lanzado la primera piedra
 y ya en la blanca tierra con mi sangre
 el color de mi rostro se define.
 Y corren manadas de potros desbocados junto al mar
 para romper el dibujo de las olas,
 y se desboca un cielo de nubes de tormenta
 y cae una lluvia tenebrosa sobre el alma.
 Enterradme, que sólo apuntan ya sonos de lucha,
 y el hombre,
 que fue soporte a un aura iluminada,
 perdido en sus límites,
 tala los bosques del más allá
 y mutila su raíz.
 El día partió con su hato de esperanza,
 la noche se asentó en todos los confines.
 Y pasa el muchacho con su rocín
 y grita,
 y la tierra se estremece por el cuchillo de su voz.
 Y yo,
 como una oveja perdida, vago.
 Y se abren hendeduras por doquier
 y se caen las casas
 y es vano el canto de la tórtola al alba,
 la plegaria del árbol,
 la carrera del ciervo por el monte,
 el correr del agua.
 Y cae, cae esa lluvia tenebrosa.
 Y todo es negro,
 se incendian los barcos,
 se tiñen de negro los océanos,
 las grutas,
 y la línea del horizonte
 es el luto por la prístina alegría,
 mientras estallan bombas,

saltan los cuerpos por el aire,
 queda la tierra calcinada
 y tanta muerte
 siega el germen hasta en lo más recóndito.

Entra la luna con su lámpara e ilumina la sombra
 y sólo ve despojos.
 Se encabrita el caballo,
 y el grito resuena al infinito
 y me taladra.
 Me amuralla el dolor,
 no quiero la semejanza de empuñar un arma,
 aspiró sólo a que la nada nos iguale.
 Pero, a brazadas, todavía recojo y enarboló las palabras:
 «Sólo el amor es capaz de vencer
 la universal destrucción²».
 Hubo un día en que empuñé la espada,
 el silencio o el verbo.
 Fui Eduana y hace cinco mil años
 revelé que la fuerza de mi cuerpo
 hasta a los dioses atemorizaba;
 fui Savitrí y superé la hazaña de Orfeo:
 conmoví a Yama, señor de la muerte,
 con mi elocuencia,
 y él a mi esposo devolvió el aliento;
 fui Safo y negué paso al llanto en mi morada
 y el eco de mi canto a la belleza
 se escucha todavía por los prados;
 fui Murasaki y escribí las aventuras de Gengi;
 fui Lisístrata, Cleopatra, Antígona, Porcia, Teresa de Jesús...

Hoy como una oveja perdida en la noche, sigo,
 porque sigue la noche,
 y avanzo con firmeza hacia la oscuridad,
 que acaso no volverá el día;
 no, acaso ya no volverá...

NOTAS

¹ Verso de Ida Vitale.

² Andrei Tarkovski.